

PETER STAMM

A ESPALDAS
DEL LAGO

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

BARCELONA 2014



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Seerücken*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2011 by Peter Stamm

Publicado por vez primera en S. Fischer Verlag,
GmbH, Fráncfort del Meno, 2011

Este libro ha sido negociado a través de Ute Körner Literary Agent, S.L.,
Barcelona – www.uklitag.com y Liepman AG,
Zúrich – www.liepmanagency.com

© de la traducción, 2014 by José Aníbal Campos González

© de esta edición, 2014 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

La publicación de esta obra ha recibido una ayuda de Pro Helvetia,
fundación suiza para la cultura

fundación suiza para la cultura

prohelvetia

ISBN: 978-84-16011-21-6

DEPÓSITO LEGAL: B. 15 916-2014

AIGUADEVIDRE *Gràfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2014*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Nota del traductor</i>	7
Los veraneantes	9
El curso normal de las cosas	27
La cena del Señor	43
En el bosque	49
Luna de hielo	73
El Día de los Lirones	87
El último romántico	108
La maleta	122
<i>Sweet dreams</i>	133
Coney Island	154

NOTA DEL TRADUCTOR

El título original de este libro es *Seerücken*. Se trata, primeramente, de un topónimo: el grupo montañoso situado a orillas del lago de Constanza, donde tiene lugar una buena parte de las historias contadas en este volumen de relatos. Pero los claroscuros que se ciernen sobre estas vidas narradas han hecho que nos decidamos por llevar al español esa otra connotación que tiene la palabra: las «espaldas del lago». Muchas de estas historias, como verá enseguida el lector, tienen lugar «a espaldas» y «de espaldas» al «idilio» de los lagos suizos, como una hermosa grupa sobre la que los personajes cabalgan, pero cuya belleza no pueden admirar, empeñados como están en mantener las riendas de sus vidas mustias y adocenadas. Todo en un libro que es tal vez—y en ello está de acuerdo Peter Stamm—el más suizo de este excelente narrador.

Santa Cruz de La Palma, octubre de 2012

LOS VERANEANTES

—¿Viene usted solo?—volvió a preguntar la mujer al teléfono.

Yo no había entendido su nombre, no podía identificar su acento.

—Sí—dije—. Busco un lugar donde trabajar tranquilo.

Ella rio algo más de lo habitual en tales casos y luego preguntó en qué trabajaba.

—Escribo—le dije.

—¿Y qué escribe?

—Un trabajo sobre Máximo Gorki. Soy esclavista.

Su curiosidad me molestaba.

—¡Ah!—Por un momento pareció vacilar, como si no estuviera segura de que el tema le interesara—. Bien—dijo por fin—. Venga. ¿Conoce el camino?

En enero yo había asistido a un simposio sobre los personajes femeninos en las obras de Gorki. Mi ponencia sobre *Los veraneantes* debía aparecer en un volumen, pero con el ajetreo diario de la universidad no había tenido tiempo para revisarla y dejarla lista. Para ello me había tomado libre la semana anterior a las fiestas de la Ascensión, y había buscado un lugar donde nada consiguiera distraerme ni nadie pudiera localizarme. Un colega me había recomendado aquel balneario. De niño, él había pasado allí muchas vacaciones de verano: en algún momento el dueño del establecimiento fue a la quiebra, pero mi colega había oído decir que habían reabierto el hotel unos años atrás.

—Si buscas un lugar donde no pase nada de nada, ese sitio de ahí arriba es ideal para ti. De niño, yo lo odiaba.

Los autobuses hasta el balneario circulaban únicamente en verano. La mujer me había dicho por teléfono que no podría ir a recogerme, pero no dio ninguna razón; me dijo que podía subir a pie desde el pueblo más cercano, que la caminata no era larga, a lo sumo una hora.

El autobús subió por una carretera estrecha a través de un paisaje de terrazas. Llevaba pocos pasajeros, y en la última parada bajaron, aparte de mí, unos escolares que de inmediato se perdieron entre las casas. Yo sólo había metido en la maleta la ropa imprescindible, pero debido a la gran cantidad de libros y al portátil la mochila pesaba unos veinte kilos.

—Pero ¿qué lleva usted ahí?—preguntó el conductor del autobús cuando me ayudó a bajar el equipaje.

—Papel—le respondí, y él me examinó con recelo.

Delante de la oficina de correos había un par de carteles que indicaban el camino y señalaban en varias direcciones. Seguí una carreterita y, más tarde, me adentré en un sendero que atravesaba un prado empinado y que desembocaba en una cañada estrecha y rodeada de bosque. En la linde del bosque se alzaban unos alerces y algunos fresnos aislados, y en el interior había abetos rojos. Por todas partes había árboles caídos, costillares de abetos secos abiertos por la mitad bajo los cuales podían verse todavía algunos restos de las últimas nieves. El suelo estaba húmedo, y mis pies se hundían bastante en la tierra negra. A cada instante se me pegaban a la cara y a las manos telarañas invisibles. No encontré pisadas de otros excursionistas, tal vez yo fuera el primero que pasaba por allí aquel año.

Al cabo de un rato me llamó la atención el no haber visto en mucho tiempo ninguna señal en el camino, y poco des-

pués el sendero se perdió entre los árboles. No tenía ganas de desandar el camino y bajé por la ladera, que se hacía cada vez más empinada. En algunos sitios hube de agarrarme a alguna raíz o a alguna rama, y terminé resbalándome, deslizándome un par de metros hacia abajo y desgarrándome el pantalón. El rumor del arroyo por debajo de mí se hacía cada vez más intenso, y cuando por fin llegué a él encontré de nuevo el camino. Era un arroyo rápido de montaña, de aguas grises, que fluía sobre un ancho lecho de rocas y rocalla de colores claros, y parecía una herida abierta en medio del oscuro paisaje boscoso. Ahora yo avanzaba con mayor ligereza, y al cabo de una media hora llegué a un pequeño puente de madera. El agua había socavado los pilares, y un árbol caído, con todas sus raíces al aire, yacía atravesado sobre el puente. Había arrancado la barandilla, y algunos de los tablones del suelo se habían partido bajo su peso. Crucé al otro lado con precaución. En el lado opuesto de la cañada el camino volvía a subir, y empecé a sudar aunque en el bosque hacía fresco.

Pasaron casi dos horas hasta que vi aparecer el balneario a través de los árboles. Cinco minutos más tarde ya estaba delante del enorme edificio de inspiración *Jugendstil*. El fondo del valle estaba ya a la sombra, pero la casa, dada su posición algo elevada, lucía su blancura bajo el sol del atardecer. Todas las persianas, salvo una de la planta baja, estaban bajadas, y no se veía a nadie, sólo se escuchaba el rumor del arroyo. La puerta de la entrada estaba abierta, y entré. El recibidor estaba en penumbra. A través de los coloridos cristales de la puerta interior, unos rayos de sol caían sobre la gastada alfombra persa que cubría el suelo de baldosas. Los muebles estaban cubiertos con manteles blancos.

—Hola—dije en voz baja, pero nadie respondió; entonces crucé una puerta batiente sobre la que había un cartel

escrito en caracteres antiguos que indicaba: COMEDOR. Entré en un salón espacioso, con unas treinta mesas de madera y las sillas colocadas encima, bocabajo. En el último rincón del salón había una mesa bajo un haz de luz, donde se veía a una mujer joven—. Hola—repetí un poco más alto que antes, y crucé la habitación en dirección a la mujer. Antes de llegar adonde estaba ella, se levantó, caminó hacia mí con la mano extendida y dijo:

—Bienvenido. Soy Ana, hemos hablado por teléfono.

Debía de tener más o menos mi edad. Llevaba una falda negra y una blusa blanca, como las de las camareras. Tenía el pelo negro y reluciente, a la altura de los hombros. Le pregunté si el hotel estaba cerrado.

—Ahora ya no—dijo ella sonriendo. Sobre la mesa había un plato de raviolis lleno hasta la mitad—. Un momento, por favor—añadió, sentándose otra vez para acabar de comer. Estaba allí, engullendo la comida, y no parecía molestarle que mientras tanto la observara. Yo no había comido nada desde el mediodía, y poco a poco empezaba a sentir hambre, pero primero quería ocupar mi habitación, ducharme y cambiarme de ropa. Me senté delante de la mujer, y ella, con un tardío movimiento de la mano, me invitó y dijo:

—Hábleme de su trabajo.

Le expliqué otra vez por qué estaba allí. Ella se limpió la boca con la servilleta y preguntó por qué me interesaba ese tema. Yo me encogí de hombros y le dije que me habían invitado a un simposio, que los estudios de género estaban de moda.

—¿Y por qué siempre las mujeres?—preguntó ella.

—No lo sé—dije—. Los hombres son menos interesantes.

Con un trago de vino, la mujer engulló el último bocado de comida.

—Ahora le enseñaré su habitación.

La mujer pasó detrás del mostrador de recepción y empezó a revolver en los cajones del mueble. Al cabo de un rato me pasó un cuaderno por encima del mostrador y me pidió que rellenara el formulario. Me registré. Cuando me puse a hojear las páginas anteriores e intenté leer los últimos registros, ella me quitó el bloc de las manos y lo guardó.

—¿Le importaría pagar por adelantado?

Le dije que no tenía inconveniente.

—Siete días a pensión completa—dijo ella, calculando—son cuatrocientos veinte francos, incluidos los impuestos del balneario. —Luego guardó los billetes y dijo que me daría el cambio más tarde.

—Y una factura—le pedí.

Ella asintió, salió de detrás del mostrador y empezó a subir con paso rápido la ancha escalera de baldosas. Sólo entonces me di cuenta de que iba descalza. Cogí la mochila y la seguí.

Ella me esperó en la primera planta, al comienzo de un largo y oscuro pasillo.

—¿Tiene alguna preferencia?—preguntó. Cuando le dije que no, abrió la primera puerta y dijo—: Pues entonces esta misma.

Entré en la habitación, que era bastante pequeña y tenía pocos muebles, con excepción de una cama sin hacer, una mesa, una silla y una cómoda sobre la que había una antigua jofaina de porcelana y, dentro, una jarra llena de agua. Las paredes, pintadas de blanco, estaban desnudas, salvo un crucifijo encima de la cama. Caminé hasta la puerta acristalada que conducía a un diminuto balcón.

—Es mejor que no lo use—dijo Ana desde el pasillo.

Le pregunté dónde dormía ella.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Por pura curiosidad.

Me miró algo enfadada y me dijo que el hecho de estar allí sola no quería decir que yo pudiera tomarme ciertas libertades. Como no había pensado en nada malo, la miré sorprendido. Le pregunté cuándo podría comer. Por la expresión de su cara, parecía que tuviera que hacer un esfuerzo para recordarlo, y luego dijo que bajara cuando me hubiese aseado. Entonces desapareció, se asomó otra vez fugazmente a la puerta y, sin decir palabra, arrojó la ropa de cama y una toalla sobre la mesa que estaba a mi lado.

La ducha y el retrete estaban al final del pasillo. Me quité la ropa y me metí bajo la ducha, pero cuando abrí el grifo sólo se oyó un tenue estertor. La bomba del inodoro tampoco funcionaba. Regresé a mi habitación en ropa interior, me lavé con el agua de la jarra y me puse ropa limpia. Luego bajé, pero no pude encontrar a Ana por ninguna parte. Frente al comedor había una habitación más pequeña, y en la puerta había un cartel que anunciaba: SALÓN DE SEÑORAS. También había algunos sillones cubiertos con telas y una gran mesa de billar. Sobre el fieltro verde descansaban una bola roja y dos blancas y también un taco apoyado contra la mesa, como si alguien hubiera estado jugando una partida hasta aquel preciso instante. La siguiente habitación llevaba el cartel de SALÓN DE FUMAR y parecía hacer las veces de biblioteca. La mayoría de los libros, viejos y cubiertos de polvo, eran de autores cuyos nombres jamás había oído mencionar. Sólo había unos pocos clásicos: Dostoievski, Stendhal, Remarque. Entre ellos, un par de gastados superventas de autores estadounidenses.

Regresé al recibidor y de allí pasé al salón de baile, la mayor estancia del lugar, que, aparte de una alfombra des-

plegada, estaba completamente vacía. Del techo, sostenido por falsas columnas de mármol, colgaba una antigua araña de latón. En las habitaciones hacía frío, y a través de las persianas cerradas sólo entraba una luz escasa. En la cocina, situada en la planta baja, la atmósfera era aún más sombría. Allí había una enorme cocina de hierro fundido, la cual, por lo visto, se encendía con leña, y sobre un aparador se amontonaban decenas de copas de vino usadas y una pila de platos sucios, como si poco tiempo antes se hubiera celebrado en el hotel un gran banquete. Bajé de nuevo a la planta baja y salí al exterior.

Las sombras de los viejos abetos, situados a cierta distancia del balneario, se habían vuelto más alargadas y se abalanzaban ahora sobre las paredes blancas. Di la vuelta al edificio. A un lado había una pequeña plazuela de grava en la que se veían un par de mesas de metal y sillas plegables, y también algunas tumbonas. Sólo cuando me acerqué vi a Ana. Me senté a su lado y le pregunté si estaba disfrutando de los últimos rayos de sol.

—Ha sido un largo invierno—dijo ella sin abrir los ojos.

La observé. Tenía las cejas insólitamente anchas y la nariz bastante prominente. Sus labios pequeños daban a su cara cierta severidad. Había cruzado las piernas, y la falda se le había levantado un poco. Los botones superiores de su blusa estaban abiertos, y yo no pude sino pensar que se había tumbado allí de ese modo sólo para mí. Entonces abrió los ojos y se pasó la mano abierta por la frente, como si quisiera enjugarse mis miradas. Carraspeé y le dije que las duchas no funcionaban.

—¡Ah! ¿Es que no se lo dije?

—La bomba del retrete tampoco funciona.

—Pues improvise—dijo ella, con una amable sonrisa—. Ahora por lo menos ya no hay nieve.